

Brasil: error o errática lectura de las encuestas

ALFREDO SERRANO :: 08/10/2022

Reducirlas en su interpretación a la simplicidad de un dato, a un número exacto para la estimación de voto de un candidato, es querer comer la carne con cuchara

Para cortar la carne, ¿alguien utilizaría una cuchara? Seguramente sí. Siempre se encuentra la excepción que confirma la regla. Pero, sin duda, el sentido común es otro: mejor un cuchillo para la carne y una cuchara para la sopa.

Esta obviedad deberíamos aplicarla también a la hora de valorar las encuestas. Les exigimos algo que no saben hacer. Se las condena a la ligera como inservibles porque no estiman a la perfección un resultado electoral, cuando lo más jugoso de una encuesta es que nos ayude en un buen diagnóstico sociológico, político y electoral.

Los sondeos son un insumo más. Complementario a otros. Jamás sustitutivo de nada. Y es inútil como atajo para analizar lo que pasa en un país. Tampoco son infalibles para estimar con precisión la intención de voto. Las encuestas no son, de ninguna manera, una bola de cristal precisa en este sentido, y quienes trabajamos con ellas lo sabemos. Y lo intentamos explicar, pero sin éxito.

Aunque no será por no seguir intentándolo. Aquí va una vez más.

Las encuestas son muy útiles para detectar sentidos comunes. Clivajes ideológicos. Tensiones. Tendencias. Fidelidades y antipatías. Preocupaciones cotidianas. Preferencias y aversiones. Marcos dominantes. Evaluaciones de política pública. Niveles de conocimiento sobre candidaturas. Posicionamientos coyunturales. Y mucho más. Esto es: en una encuesta existen muchas más preguntas y variables que se analizan conjuntamente, y nunca de manera aislada. Mucho menos la intención de voto.

Esta nutrida información nos ayuda a orientar la estrategia política-electoral, sin que ello signifique que cada decisión se tome con base en lo que nos arroja la encuesta. Porque de seguir lo que marcan las encuestas estaríamos haciendo otra cosa bien distinta, que nada tendría que ver con hacer política.

Definitivamente, las encuestas son muy útiles porque proporcionan un panorama complejo de una realidad compleja. Por ello, reducir las en su interpretación a la simplicidad de un dato, a un número exacto que nos facilita la estimación de voto de un candidato, es querer comer la carne con cuchara.

Esta lectura errática de las encuestas, además, ignora que cada estudio siempre publica su margen de error. Y esto no es un antojo estadístico. Significa que si, para el caso de Lula, había muchos sondeos que estimaban una intención de voto de 50 por ciento, lo que estaban realmente diciendo es que podría obtener entre 48 y 52, que fue lo que sucedió.

Si seguimos con este último caso, el de Brasil en la última elección presidencial, podemos

observar otro fenómeno notable que hay que considerar en cada encuesta: su tasa de no respuesta o rechazo. Es decir: para lograr entrevistar a 10 personas, en muchas situaciones hay que intentarlo con 100. La gente no siempre quiere responder, y menos en tiempos electorales. Esto sucede por muchas razones estudiadas, diferentes para cada país. Además, este parámetro varía según sea un sondeo telefónico IVR, telefónico CATI o presencial. Esta es una variable cada vez más determinante en la lectura de cada estudio y que no se puede desconocer. Es muy probable que la subestimación de algunas encuestas respecto del voto logrado por Bolsonaro obedezca a este asunto.

Tampoco se puede desconocer que la mayoría de las encuestas termina días antes de la votación. En consecuencia, es obvio que no pueden estimar lo que acontece en horas decisivas en cada elección. Esto es porque suele haber un porcentaje notable que se define al final, en las últimas 24 o 48 horas, sea porque duda, porque no lo tiene claro o porque optan por cambiar a última hora, resignificando la utilidad de su voto.

Son muchos los aspectos metodológicos que hay detrás de un sondeo. Desde su extensión, su muestra, sus ponderaciones, el número de días que se tarda, etcétera. Claramente, todos condicionan cada valor que se obtenga. Es, por tanto, crucial saber leer e interpretar los números asumiendo cada sesgo. De no hacerlo, sería como tomarse un medicamento sin conocer sus contraindicaciones.

Y una recomendación final que suele ser de ayuda para equivocarse menos en la lectura de las encuestas: mirar la totalidad de las que se publican y analizarlas integralmente. Esto venimos haciendo en Celag y nos permite tener un mejor termómetro que si vamos sacando conclusiones apresuradas en función de la última que se publica.

Por ejemplo, al hacer un promedio quincenal de encuestas publicadas en Brasil, el último dato que teníamos era Lula con 44 por ciento sobre voto total y Bolsonaro 36. Estos datos deben ser proyectados a voto válido porque, de no hacerlo, se caería en otro error clásico a la hora de leer datos de encuestas. Es decir, sólo se pueden comparar los valores que estén en una dimensión equivalente. Por tanto, lo más riguroso es disponer todo en voto válido, y así se podrá comparar el día de la votación.

Entonces, en el ejemplo que tenemos, el dato promedio quincenal para Lula sobre voto válido es 47,6 por ciento y Bolsonaro 39,1. O sea, cerca de lo real sin ser del todo preciso: el de Lula dentro del margen de error (sacó 48,43); y el de Bolsonaro un par de puntos por encima de su extremo superior si consideramos su margen de error (sacó 43,2).

Celag

<https://www.lahaine.org/mundo.php/brasil-error-o-erratica-lectura>